

NOS LLEVAN A LA O.T.A.N.

Va a ser el gran tema de septiembre: la entrada de España en la OTAN. Si la oposición no viene de fuera —de los países de la organización, o de un acuerdo entre Estados Unidos y la URSS para mantener en el actual equilibrio la composición de los bloques militares— la decisión parece inevitable: UCD ha elegido los mecanismos parlamentarios convenientes para su viejo propósito. La misma noticia en que se establece el calendario —a partir de un dictamen del Consejo de Estado, y de un debate parlamentario que se supone para el día 20— dice, con la ingenuidad traidora del lenguaje espontáneo:

«... superado el trámite parlamentario (...) el Gobierno presentará en Washington la propuesta formal...»; así, el Parlamento aparece como un trámite: una formalidad. Al que al mismo tiempo se atribuye, por conveniencias del caso, la soberanía suficiente, que hace por lo tanto innecesario un referéndum. No va a haberlo. Hay pocas dudas de que si lo hubiera la inmensa mayoría de la población se pronunciaría en contra: en razón del riesgo, en razón de la independencia y la soberanía, en razón de la falta de contrapartida en forma de alguna clase de beneficio, e incluso en razón de una ruptura de la muy antigua tradición española de la neutralidad. Pero ese referéndum negativo no sólo negaría el caso en sí, sino que dejaría en minoría a un Gobierno que, por sus compromisos, por su vocación de partido, por el deseo de mantenerse en el poder a toda costa, se ha metido de lleno en esa peligrosa vía; tendría que dimitir. Y habría que disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones generales. En las que tendría un resultado adverso.

Porque nadie niega evidentemente la soberanía del Parlamento (no la niega ninguna democracia y, sin embargo, en cuestiones de mayor gravedad se acude al referéndum) pero sí que en estos momentos su composición actual no representa exactamente las corrientes de opinión del país. Desde las anteriores generales no sólo el partido del Gobierno sino algunos otros de los presentes en él han sufrido grandes sacudidas internas y han emprendido vías que pueden no corresponder ya a la imagen que presentaron a sus votantes en las últimas elecciones. Han sucedido muchas cosas: desde por lo menos un intento de golpe de Estado y un recrudecimiento del terrorismo hasta la revelación de alguna corrupción asesina (como la del aceite desnaturalizado), pasando por las diversas lecturas de las autonomías. Un período de cuatro años es sin duda excelente para la renovación parlamentaria, en circunstancias normales. Las nuestras no lo son: hay muchos más movimientos políticos de los previstos por los antiguos programas electorales, y a veces en contradicción con ellos.

Pero, probablemente, ningún partido las quiere hoy. Unos porque temen perder; pero también alguno, quizá, porque teme ganar. Por eso no se va a forzar el referéndum; por eso, probablemente, se va a pasar por el trámite parlamentario con algún discurso violento y bonito, con una votación más o menos sabida de antemano. Y por eso no nos vamos a encontrar dentro de la Europa que suaviza sus fronteras y sus diferencias entre ciudadanos, que pesca, que busca una política común que defina al continente y que intenta abordar una solución común a sus problemas comunes; seguiremos privados de esta salida, pero entraremos en la Europa de la bomba de neutrones, de los «euromisiles», de los altos presupuestos militares.

No parece que tengamos defensa ante esta situación que, como muy bien dice el portavoz del Gobierno, supone la decisión más importante de los últimos años. Un problema de conciencia que debería ser más arduo que el del divorcio para los diputados y miembros de un partido que se supone a sí mismo apoyado en ese caso por el Consejo de Estado y por las Fuerzas Armadas: no debería parecerle suficiente. ■

HE vivido en una provincia, en una capital de provincia, Valladolid, casi desde que tuve uso de razón (si es que la razón se tiene alguna vez, o alguna vez se usa), hasta los veintitantos años. Puedo hacer, pues, la anatomía vagamente sociológica de la provincia, de cualquier provincia española, «toda España es provincia» y todas son la misma. Y (lo que es más grave), siempre son igual.

Cima de la delicia

*Cima de la delicia:
todo en el aire es pájaro.*
Jorge Guillén

Lo primero que se encuentra en la provincia, el joven intelectual de provincias, el joven poeta que nunca ha recibido una carta de Rilke, aunque sí, quizá, de Aleixandre, es un cielo local de pasado y cultura. Glorias provincianas, glorias nacionales, glorias mundiales.

Este cielo local, en mi caso, estaba habitado por don José Zorrilla, Martínez Villergas, Jorge Guillén, Miguel Delibes, Emilio Ferrari, Francisco Javier Martín-Abril, Nicomedes San y Ruiz de la Peña, más el paso entredudoso de Quevedo y Cervantes por Valladolid.

La mitología de la cultura local, en promiscuidad de grandes valores y valores municipales, en transvaloración consistorial de todos los valores, más el adunamiento de épocas, monumentos, calles, recuerdos, estatuas, cosas, hace que el artista adolescente pueda sentirse habitante único o protagonista futuro de una Atenas comarcal.

Así se cultiva el aldeanismo español, que en unas épocas de la Historia se llama regionalismo y en otras autonomismo y en otras nacionalismo y en otras federalismo, según. La España de las Españas. En Valladolid, el palacio de Vivero, donde se casaron los Reyes Católicos, la torre románica de la Antigua, «dama de las torres», según los poetas locales, el Museo de San Gregorio, el miguelangelismo en miniatura y madera de Berruguete, la portalada plateresca de San Pablo, el coro de San Benito, las casas de Cervantes y Zorrilla, media docena de siglos gloriosos, barajados y pululantes, dan, daban a la ciudad una abundancia y pluralidad de tiempo y espacio que sólo el joven atónito podía ver en el sol quieto y vacío de los mediodías.

Porque, en provincias, los siglos no

Septiembre 1981